BIBLIOGRAFIA

SEPÚLVEDA, César. *Las fuentes del derecho internacional americano (Una encuesta sobre los métodos de creación de reglas internacionales en el hemisferio occidental)*

710

Luis Malpica de Lamadrid

fracción v del artículo 76 como uno de los supuestos de la *desaparición jurídica* de los poderes constitucionales en una entidad federativa.

Quizá el mérito principal del libro estriba en la preocupación que demuestra por la jurisprudencia de la Suprema Corte de Justicia de la nación.

Jorge CARPIZO

SEPÚLVEDA, César. *Las fuentes del derecho internacional americano (Una encuesta sobre los métodos de creación de reglas internacionales en el hemisferio occidental)*. Editorial Porrúa, S. A., México, 1969, 151 pp.

Este trabajo sobre las fuentes del derecho internacional americano, del iusinternacionalista mexicano César Sepúlveda, tiene su origen en los cursos que pronunció bajo los auspicios de la "Faculté Internationale pour l'Enseignement du Droit Comparé".

La obra se encuentra dividida en tres partes: la primera, "Los conceptos generales" (pp. 15-42); la segunda, "El examen analítico de los procesos creadores" (pp. 45-139), es la más amplia del libro; y la última, "Las fuentes regionales y fuentes generales" (pp. 143-147); al final, algunas conclusiones (pp. 149-151).

El autor dice que la expresión Derecho Internacional Americano (DIA) parece poseer connotaciones emocionales muy marcadas, y provoca de inmediato fuertes y encontradas reacciones (p. 15). Analiza las opiniones doctrinales en pro y en contra del derecho internacional americano: Álvarez, Alcorta, Calvo, Antokoletz. El profesor Sepúlveda es partidario, ferviente partidario, del DIA; no por esto deja de reconocer que este particular derecho se frustró en su desarrollo (p. 21). Su anquilosamiento es coincidente con el de la Organización de Estados Americanos, pues el proceso creador del derecho internacional americano es a través de la Conferencia Interamericana. El autor es optimista al respecto.

El jurista entiende a las fuentes del derecho internacional como "los métodos de creación de reglas generales y permanentes, capaces de ser aplicados repetidamente, sin limitación alguna" (p. 23). El determinar las fuentes reviste importancia adicional en relación con el DIA, pues a través de éstas se podrá saber "en qué medida el derecho regional debe privar sobre el derecho internacional general y viceversa" (p. 25). La postura del autor es eminentemente regionalista y su construcción jurídica hace honor a su posición doctrinal.

Se hace un examen de las diversas teorías sobre las fuentes. El autor descarta la teoría positivista por "infecunda"; y la teoría jusnaturalista por exceso de entusiasmo. Su posición es sociológica. Al criticar el positivismo, como derivación del consentimiento de los Estados, concluye que para esta corriente doctrinal: "todo el derecho internacional es derecho convencional" (p. 28). Lo cual es falso. Pues si bien es cierto que la voluntad de los Estados es fuente suprema del derecho internacional (general o particular) —y el estado actual del derecho internacional conserva la característica positiva—, esta voluntad no sólo se manifiesta en forma expresa (derecho convencional) sino también en forma tácita (derecho consuetudinario). Tratados y costumbres son las prin-

cipales, aunque no únicas, fuentes del derecho de gentes. En cuanto a la enumeración de fuentes consagrada en el artículo 38 del Estatuto, y que el profesor Sepúlveda llama "teoría pragmática", no es más que la aceptación de los miembros de las Naciones Unidas, en forma expresa, en su Carta; postura eminentemente positivista.

Capítulo interesante es el relativo a la costumbre internacional. Enfocada desde dos puntos de vista: "Costumbre general y la costumbre en las relaciones interamericanas". En la primera (pp. 45-55) el autor estudia las diversas fases de la costumbre, partiendo de la idea de que "no parece existir todavía una teoría clara y uniforme sobre esta institución". Trata de su naturaleza jurídica, de su formación, de sus elementos (donde prefiere hablar de "aquietencia" y no de "voluntad"), de su prueba, etcétera. En la segunda (pp. 56-62), el autor parece contradecirse. Por un lado dice que en la comunidad americana existe "mayor *homogeneidad* como para no requerir mucho de la costumbre en la formación de normas". Pensamos que si existe esa "homogeneidad", la creación de normas por medios consuetudinarios es mucho más fácil. Por otro lado, habla de que "la oposición de Estados Unidos, en unos casos, y la de uno o varios países de la América Latina, en otros, hará muy problemática la fijación de la costumbre". Hace notar las diferencias —grandes diferencias— de tipo económico-social de los Estados latinoamericanos, clasificándolos en tres grupos. De esto resulta la "heterogeneidad". Concepto contradictorio con el de "homogeneidad". El autor confirma esta contradicción al aceptar la existencia de costumbres antitéticas (p. 58) y de costumbres combinadas con tratados. Ejemplos: la regla del agotamiento de los recursos locales, la teoría de "acto de Estado", el asilo diplomático, plataforma continental, protección diplomática. Las circunstancias anteriores hacen que el internacionalista mexicano no vea con buenos ojos a la costumbre como fuente del derecho internacional americano. Éstos se los reserva a las conferencias interamericanas.

Los tratados tampoco gozan de simpatía en el ánimo del autor. Para éste, el tratado es "un instrumento en el cual se formula convenientemente el derecho de las partes, y es evidencia de lo que es el derecho, pero no es en sí mismo derecho" (p. 64). Manifiesta que aun cuando el tratado sea general (colectivo) lo que hace es establecer una serie de relaciones bilaterales entre las partes. Por otro lado, los tratados bilaterales no tienen —para el jurista mexicano— categoría de fuente. Esto lo expresa el autor, en contradicción con el artículo 38 párrafo 1 del Estatuto (que él mismo acepta), que es derecho internacional: "las convenciones internacionales, sean generales o particulares..." Quizá podamos entender al autor si recordamos que no acepta la distinción entre tratados bilaterales y tratados multilaterales. Después de hacer una clasificación en ocho incisos de los tratados, acepta como fuente de derecho a los tratados constitucionales y a los institucionales. O sea, la Carta de Bogotá de 1948 (reformada por el Protocolo de Buenos Aires en 1967) y el Tratado de Asistencia Recíproca de Río de 1947, respectivamente; todos los otros tratados son "mucho más modestos" (p. 71).

Una posición original del autor —que nosotros no podemos aceptar— es la de considerar a la doctrina como verdadera fuente del derecho internacional, fuente conjunta, pero al fin fuente; en tanto que a la jurisprudencia la considera como "evidencia de reglas [más] que fuente de ellas" (p. 89). Se

queja de que "por alguna razón oscura" la doctrina internacional se encuentra relegada en nuestro tiempo a un lugar mediocre entre "las fuentes oficiales" (p. 73). Si bien es cierto que el jurista desempeña un importante papel en el desarrollo del derecho internacional así como en su sistematización, también lo es que el jurista no puede crear el derecho a través de su doctrina, pues no tiene la competencia para ello. Los casos que da el profesor Sepúlveda, como la doctrina Calvo, Drago, Jefferson, Stimson, no son por sí mismos derecho sino hasta que el o los Estados acepten tales doctrinas como derecho. Esto se efectúa en forma expresa (tratados) o en forma tácita (costumbre).

Las Conferencias Interamericanas —dice el autor— deben ser consideradas como la fuente más importante y de mayores posibilidades de derecho internacional americano. Es a través de las Conferencias Interamericanas (pp. 95-105) de donde han "emergido reglas y principios capitales, de carácter jurídico o saturados de elementos legales" (p. 102), tales como: la no intervención, el asilo diplomático, la igualdad de los Estados, la autodeterminación.

Papel importante, en la producción de normas internacionales, juegan también los órganos de la Organización de Estados Americanos (OEA), Consejo Permanente, Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, (CIAP), la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), etcétera.

El autor estudia la relación entre política y derecho en el sistema interamericano (pp. 113-123). Así dice: "el corto acervo de normas jurídicas —¿es que un derecho se reconoce por sus pocas normas jurídicas?— que forman lo que pudiera llamarse Derecho internacional Americano reconoce una proximidad inmediata con la política" (p. 113). Para el profesor Sepúlveda la política produce fuertes impactos en las normas jurídicas haciéndolas que cambien. Únicamente la teoría sociológica es capaz de apreciar la intensidad de ese cambio. El ejemplo que da el autor para ilustrar su posición es el referente al Tratado de Río de Asistencia Recíproca de 1947. Esto lo lleva a concluir que si bien la política "no se acepta como fuente formal del derecho, sí es una fuente material y además, en América, un proceso de la mayor envergadura para la formación y determinación de reglas jurídicas internacionales" (*sic*). Esta categórica afirmación es atenuada después al decir: "La política internacional americana... es activa *progenitora* de reglas y de instituciones" (p. 146).

La obra del distinguido jurista mexicano César Sepúlveda, es clara, con buena bibliografía, usada correctamente. A pesar del esfuerzo doctrinal que hace y de lo atractivo de su posición regionalista, pensamos que no ha podido demostrar la existencia de un verdadero y actual derecho internacional americano.

LUIS MALPICA DE LAMADRID

SØRENSEN, Max (editor), *Manual of public international law* New York, St. Martin's Press, 1968, 930 pp.

El origen de este extraordinario manual se debe a la Carnegie Endowment for International Peace. Basado en la promesa de hacer del derecho interna-